



Fernando Santivián es uno de los escasos sobrevivientes de la famosa generación de 1900. El mismo se retrata en Confesiones de Marcelo Sarmiento, cuando expresa lo siguiente: "He conocido la miseria. Y también el hambre". Redactó de una leyenda sugestiva y, a la vez, peligrosa, lo conocí, allí por 1923, cuando publiqué Estos, Ellos y Cía., que contiene valiosos elementos autobiográficos. Se me reveló como un individuo alto, robusto, bien plantado, con algo de atleta, disciplinado por ejercicios de box y lucha romana, sin embargo, contrastaba su tremenda eficiencia física con su voz suave, con acciones delicadas, que extraña de su poderoso cuerpo. No fue muy favorable el juicio que mi amigo sobre su novela, pero lo abocó con benevolencia a que me revelara la menor vanidad. Esto es un aspecto de su complicada personalidad que conviene subrayar. En más de cuarenta años de permanente labor literaria, no he conocido a ningún escritor chileno que fuyese tan poco la vanagloria, en su arduo oficio. Sobre todo, es un artista que recibió el impacto de la influencia de su cuñado, Agustín D'Halmar, uno de los apiltras e individualistas más notables de esa memorable época. Pero no se crea que en Santivián esto prevalece esa modestia que realza su carácter, sino otro elemento, de raíz ibérica, a veces desconcertante en sus reacciones. El pretende resumirlo cuando se retrata del modo siguiente: "La mayor parte de las desgracias ocurridas en mi vida se debieron a la violencia y a la soberbia. Cuando niño, apoderábanse de mí furoras desconocidas que no se curaban ni ante el duro castigo de mi padre. La verdad que sucedían a estos ataques solían ser propósitos de auto-estímulo, pero el menor soplo de un viento contrario, aperejía de nuevo al espíritu que llevaba dentro de mi cuerpo".

Santivián nació en la ciudad de Aranco, el 1° de julio de 1896, el mismo año que su compatriota Mariano Latorre, Pedro Prado y Max Jara. Sus antepasados paternos venían de la región montañesa de España y tenían antecedentes nobiliarios en Teruel y Aragón, donde estaban emparentados con Quevedo, según me informó, en 1953, un genealogista de Santiago.

Parado que el padre de Santivián posea un temperamento endrágico y, a su vez, cálfico. Lo apalabrado, pasional, del iracundo Santivián juvenil constituye un elemento que sirve para interpretar su arte narrativo. El novelista encuentra las cosas buenas y malas y no ha sabido adaptarse a las convenciones sociales y a los prejuicios imperantes en el medio estrecho en que le tocó vivir. Su desarrollo y su madurez al aislamiento confluyen con claridad en su fisiología espiritual. Pero allí son parte de un mundo más complejo, que oculta su exterioridad viril. El filósofo Joubert decía que la ternura es la pasión en calma. Por eso, la superficial violencia del escritor se alcanza a distinguir y se trasfunde sentimental y definitivamente romántico. Se lo que irracional en su obra, desde su primer volumen de cuentos hasta sus inoperadas Memorias de un Tolstoyano, revelación nativa y taladante de su intinidad.

Prólogo [manuscrito]

Libros y documentos

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

Prólogo [manuscrito]. 3 hojas ; 33 x 21,3 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile